

EN TEORÍA

Aventuras del Oeste

por Salvador Vázquez de Parga *



L. OLIVARES. LA ÚLTIMA BATALLA. MOLINO, BARCELONA, 1945.

En la configuración de los Estados Unidos de América, la conquista del Oeste ocupa un importante lugar. Cine, literatura y cómics han recreado de forma brillante la épica y el simbolismo de tal gesta. La siguiente exposición recoge los textos y los autores que mejor han sabido plasmar las aventuras desarrolladas en el Oeste americano.

18

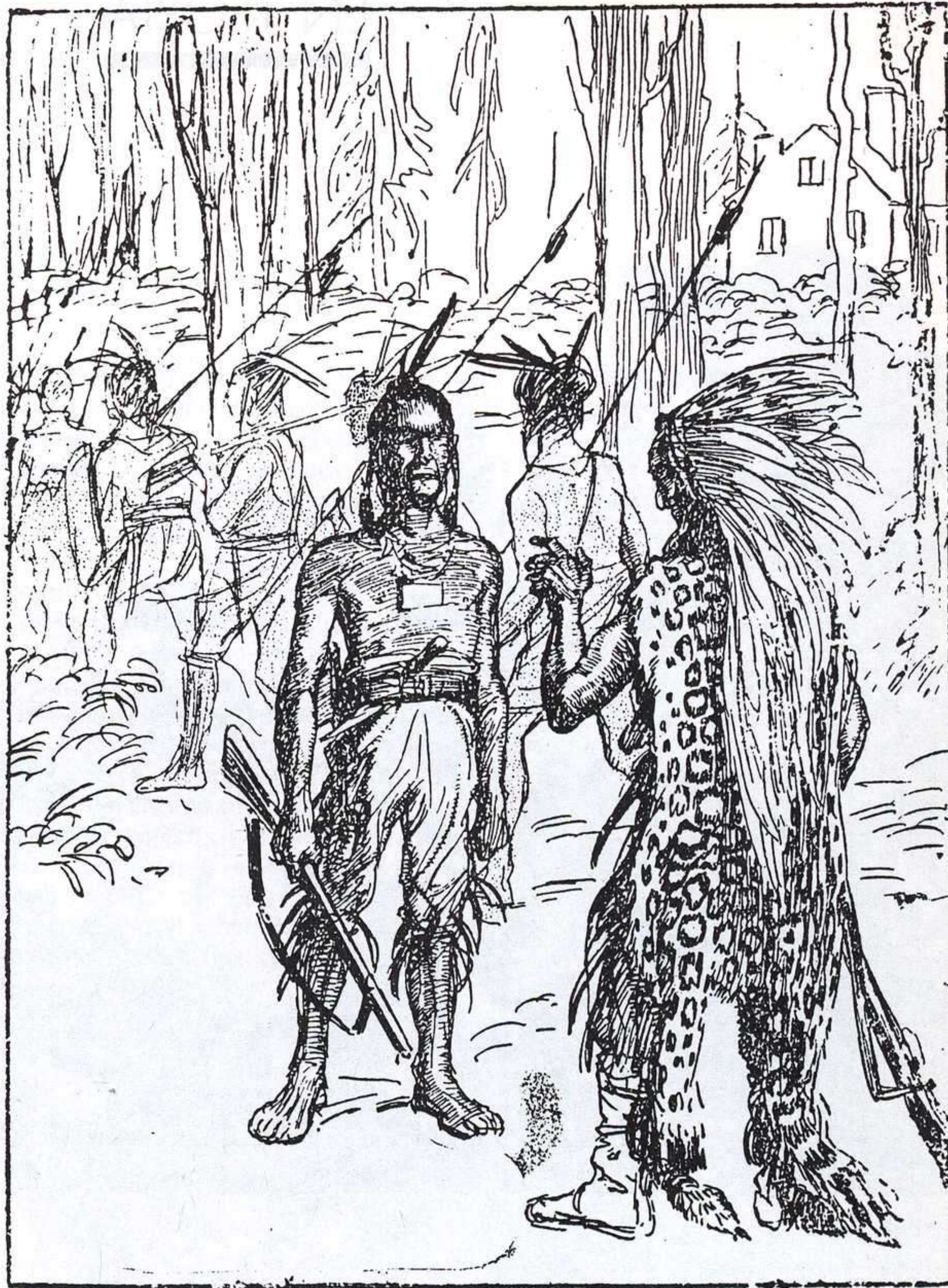
CLIJ18

La historia del nacimiento y formación de los Estados Unidos presenta dos etapas singulares, bien diferenciadas, reflejadas ambas en la narrativa popular y acogidas por la literatura, pero frecuentemente confundidas y unificadas cuando se alude al *western* como género novelesco de fondo aventurero.

Suele considerarse a James Fenimore Cooper (1759-1851) como el primer escritor de novelas del oeste simplemente por la presencia de pieles rojas en algunos de sus relatos. Los «Cuentos de Calzas de Cuero» —*Los pioneros* (1823), *El último de los mohicanos* (1826), *La pradera* (1827), *El buscador de pistas* (1840) y *El cazador de ciervos* (1841)— pusieron en escena las aventuras de Natty Bumppo, llamado *Ojo de Halcón*, el trampero que junto con Chingachgook, su compañero piel roja, recorrió los bosques de Nueva Inglaterra simbolizando el espíritu de la Frontera, esa franja de tierra de nadie, salvaje y solitaria, de impresionantes paisajes, pronta a ser ocupada por quien se atreviera a afrontar los innumerables peligros que entrañaba. Ciertamente la Frontera se hallaba al oeste de las colonias británicas de América, pero su línea discontinua, incierta y movidiza poco tenía que ver con el Far West. La Frontera, sin embargo, avanzaba hacia poniente a medida que las tribus indias, escindidas por ancestrales rivalidades, eran exterminadas por el hombre blanco o se aliaban a uno u otro bando en las guerras anglofrancesas o en la rebelión independentista.

Los relatos fronterizos

Las voces populares de las ciudades del Este inventaron entonces los relatos fronterizos donde se cantaban y



J. LLAVERÍAS. PER LES TERRES ROGES. J. BAGUÑA, BARCELONA, 1935.

exageraban las gestas fabulosas de héroes reales —Daniel Boone, Davy Crockett, Mike Fink, John Filson— o imaginarios —Pecos Bill, Tony Beavery, Paul Bunyan, Big Henry— que entraron de este modo en el mundo de la leyenda y el folklore norteamericanos.

James Fenimore Cooper, un clásico de la narrativa aventurera y seguramente el primer novelista propiamente norteamericano, huyó, en cambio, de las fábulas fantásticas y aportó un matiz de autenticidad a las vicisitudes de la conquista, a las relaciones humanas del momento, a las costumbres y sentimientos de los aborígenes, describiendo con maestría los inmensos paisajes fronterizos y retratando los caracteres heroicos de quie-

nes en ellos vivieron. Cooper fue quien inventó la traducción de términos y nombres indios con expresiones —como rostro pálido, agua de fuego, enterrar el hacha de guerra— que se consagraron como propias del idioma de éstos y hasta nuestros días detectan la presencia de pieles rojas en cualquier narración escrita o filmada.

Pero con todo Cooper no fue un escritor de novelas del oeste porque el Oeste, en la época de Calzas de Cuero, no había aún nacido históricamente. Como tampoco lo fueron James Hall, con sus *Cuentos de la Frontera* (1835), ni Augustus Baldwin Longstreet, autor de *Georgia Scenes* (1835), ni Robert Montgomery Bird, creador de *Nick of the Woods* (1837). Estos últimos tocaron el tema de la Frontera



J. RENNERT. BUFFALO BILL'S WILD WEST. R. VERLAG, BERLÍN, 1976.

generalmente para ensalzar la grandeza de los colonizadores y denunciar la salvaje crueldad de los indios.

La temática fronteriza, sin embargo, no ha sido abundantemente tratada por los novelistas norteamericanos, quienes, al dirigir una mirada retrospectiva a la historia de su país, prefirieron contemplar la evolución política y social de los territorios integrantes de los Estados Unidos originarios que la aventura de los pioneros propiciadora de la ampliación de ese mismo territorio. No obstante, la colonización e independencia de Norteamérica y la aventura individual o colectiva que ello comportaba, tuvo su reflejo novelesco en obras tan significativas como *La gran pradera* (1930), de Elizabeth Madox Roberts, la trilogía de Fort Henry —*La heroína de Fort Henry*, *El espíritu de la Frontera* y *La última senda*—, obra

inicial de Zane Grey en la primera década del siglo, las crónicas de Arundel —*Oliverio Wiswell*, *El capitán Cautela*, *Chusma en armas*, *Rebelión en América*, *El paso del Noroeste*—, que escribiera Kenneth Roberts en los años treinta, y la Trilogía de los colonizadores que compuso Conrad Richter entre 1940 y 1950.

El «western»

Forzosamente el *western* tenía que partir de coordenadas bien distintas de las que presidieron las narraciones de la Frontera, porque distintas fueron las circunstancias históricas en que se apoyaba. Si la Frontera hubo de ser conquistada paso a paso para ampliar el territorio de la primitiva colonia británica, el Oeste, las tierras del otro lado del Mississippi, había sido adquirido por los Estados Unidos me-

dante compra a franceses e ingleses o mediante una vergonzosa guerra con México. Sin embargo, de aquella inmensa extensión de tierra sólo las costas californianas se hallaban pobladas. Entre el gran río y las montañas Rocosas se extendía una enorme zona desértica que era preciso atravesar para llegar a la próspera costa del Pacífico, y justamente las vicisitudes de la colonización de ese Gran Desierto Americano constituyen el núcleo de la historia del Oeste desarrollada por la narrativa aventurera. Fue primero la expedición de los pioneros que desde Independence, Misuri, iniciaron la ruta del Oregón; siguió la fiebre del oro que condujo hacia California a una abigarrada multitud de mineros y aventureros prestos a aprovechar cualquier oportunidad de enriquecerse; se hizo necesario después comunicar el Este y el Oeste y se em-

prendió la instalación del telégrafo y el tendido de la vía férrea que habían de sustituir al *pony express* y a las peligrosas líneas de diligencias. La caza del bison, las guerras indias, la ocupación de la tierra por los granjeros, la cría y conducción de ganado, se convirtieron también en acontecimientos que, como los anteriores, marcaron los hitos del poblamiento y explotación del Oeste, de una colonización que atrajo a multitud de gentes de todas clases y países ansiosas de labrarse un porvenir estable en un lugar donde la ley no había llegado todavía, donde se imponía la lucha contra la aridez del paisaje y contra la soledad o contra otros hombres dispuestos a aprovechar el desconcierto de los primeros tiempos. Se dice que el Oeste fue el crisol donde se forjó la nacionalidad norteamericana. En cualquier caso, el Oeste hizo surgir una leyenda y creó una mitología que no podían ser desconocidas por la literatura.

Escritores de todo el mundo descubrieron pronto las posibilidades del Oeste americano como escenario de sus novelas de aventuras. Karl May, Gustave Aimard, Emilio Salgari, Luigi Motta y el capitán Mayne Reid lo utilizaron para colocar en él, con mayor o menor habilidad, a los personajes de siempre —buenos y malos— que hubieran podido resolver sus diferencias en otro lugar cualquiera.

Fueron sin duda Francis Brett Harte (1836-1902) y Mark Twain (1835-1910) quienes primeramente contribuyeron, con sus relatos breves, a conformar la tipología del Oeste. Harte, aposentado en su juventud en California, conocía a los rudos hombres del lugar y en sus cuentos adoptaba la visión del forastero que desde una cultura distinta contempla la anécdota de un mundo semisalvaje; lo contrario de Mark Twain que, nacido a orillas del Mississippi, se compenetraba plenamente con los habitantes de las duras tierras del Wild West. Ambos cultivaron el humor y la iro-

nía y prefirieron a la acción el retrato de tipos y personajes, tal como hiciera pocos años después William Sydney Porter (1862-1910), más conocido por el seudónimo de *O. Henry*.

La acción pura y simple sin aspiración literaria alguna, es en cambio lo que a partir de 1860, simultáneamente aún al desarrollo histórico del Oeste, podía encontrarse en las llamadas *dime novels*, unos cuadernillos de vistosas portadas que por el precio de un «dime» (diez centavos) relataban las imaginarias andanzas de ciertos personajes reales. Kit Carson, Calamity Jane y más tarde Buffalo Bill obtuvieron la fama por este procedimiento narrativo que reiteraba los combates contra pieles rojas sanguinarios y el



J. RENNERT. BUFFALO BILL'S WILD WEST. R. VERLAG, BERLÍN, 1976.

heroísmo de los colonizadores en su avance hacia tierras desconocidas.

Un género del siglo XX

Pero el *western* es realmente un género del siglo XX, un género urdido en torno a los mitos y leyendas del Oeste americano que instrumentaliza las vicisitudes históricas de las caravanas de pioneros, la fiebre del oro, las guerras indias, la construcción de nuevas ciudades, el transporte de ganado, el tendido del ferrocarril, las rivalidades entre agricultores y ganaderos, la ley del revólver, etc., como forja de nuevos tipos humanos característicos: el pionero, el bandido, el buscador de oro, el vaquero, el pistolero, el sheriff, el cuatrero. Y a la vez el *western*, al fusionar la historia con la fábula, proporciona una visión romántica de ciertos personajes reales elevados a la categoría de héroes; así ha ocurrido con el general Custer, con Billy el Niño, con Wild Bill Hickok, con Jesse James, con el juez Roy Bean, con Wyatt Earp, con Joaquín Murrieta o con Johann August Suter. Pero sobre todo el *western* intenta perfilar aquella tipología describiendo las relaciones y las dificultades de unos hombres y mujeres que con su esfuerzo o su barbarie, con su valor o su codicia, contribuyeron a crear la mágica leyenda del Oeste adentrándose en tierras salvajes para construir su propia vida y para construir, al mismo tiempo, una nación, para llevar la civilización a lo que fue un inmenso desierto situado en el corazón de América.

Fue seguramente Owen Wister (1860-1938) quien inauguró el género con *Lin McLean* (1898) y sobre todo con *El virginiano* (1902) que obtuvo, por su novedad, una notable acogida. Siguió las obras de Andy Adams, Eugene Manlove Rhodes y Clarence E. Mulford creador del héroe Hopalong Cassidy en su novela *Rancho B-20* (1907). Pero fue sin duda Zane Grey (1875-1939), un antiguo dentis-

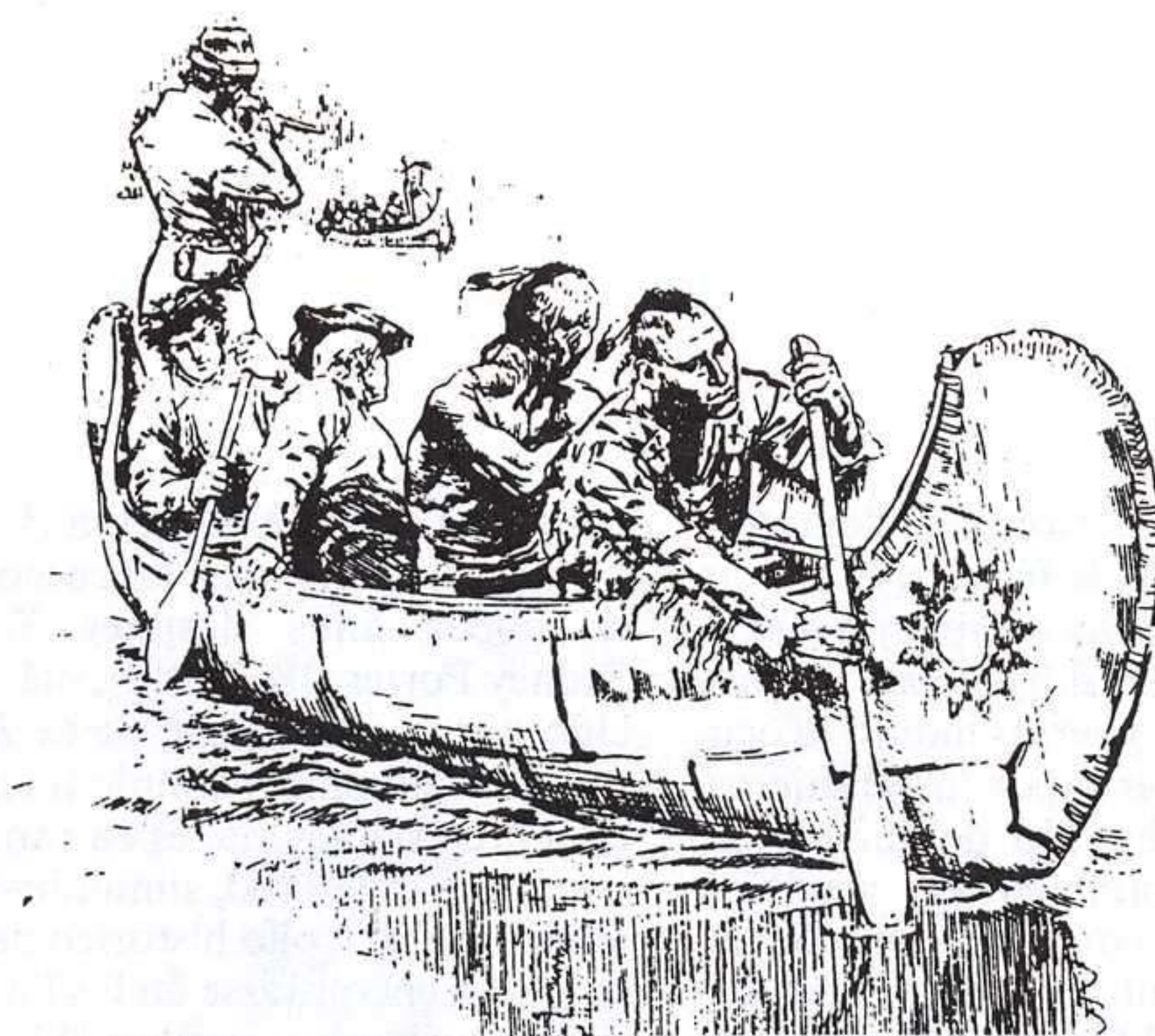
ta de Ohio, quien desde 1908, tras finalizar su Trilogía de la Frontera, llevó a mayor número de lectores las historias y aventuras del Far West con un peculiar estilo caballeresco y moralizante que alcanzó categoría convencional. Similares coordenadas adoptaron una serie de escritores de la época, como Bertha Muzzy Bower, Ridgwell Cullum, Peter B. Kyne, Frederick Faust con el seudónimo de *Max Brad*, y William McLeod Raine entre los más conocidos, mientras otros utilizaban el mismo procedimiento para glosar la colonización de las nevadas tundras del Canadá.

Ya en los años treinta el *western*, influido seguramente por las corrientes dominantes en la literatura norteamericana, experimentó un pronunciado giro hacia el realismo que propició una visión distinta —menos romántica, más cruda y violenta— de la historia del Oeste y de las relaciones de quienes la vivieron. Autores como Clifton Adams, Todhunter Ballard, Will Cook, Lewis Patten, Cliff Farrell, Gordon D. Shirreffs y Louis L'Amour siguieron con excelentes resultados esta nueva tendencia que se aproxima, salvadas las distancias, a la novela negra americana. Pero entre todos, quizá por apartarse de las fórmulas usuales y profundizar en las relaciones de los personajes con su entorno, sobresalieron especialmente Ernest Haycox, con obras como *Desierto de plata* (1935), *Reguero de pólvora* (1936) y *Abriendo camino* (1952), y Paul I. Wellman, autor de libros sobre la his-

toria del oeste y de novelas como *Broco Apache* (1936), *Jubal Troop* (1939) y *El demonio de hierro* (1954).

El *western* como género aglutinó así a su alrededor a una serie de escritores especializados, pero otros, procedentes de distintos campos narrativos, incidieron en él más o menos esporádicamente aportando su experiencia y su visión personal del tema que a menudo excedía los cánones habituales. Quizá por este motivo obras como *Los colonos* (1913) y *Mi Antonia* (1918), de Willa Cather, *Cimarrón* (1930), de Edna Ferber, *La última frontera* (1941), de Howard Fast, *La ciudad de la ilusión* (1941), de Vardis Fisher y *Muros de adobe* (1953), de William Burnett, alcanzaron notable éxito. Y son precisamente estos escritores foráneos quienes en los últimos tiempos, por la vía del humor y la fantasía, han revolucionado el *western* —con obras tan insólitas como *Pequeño gran hombre* (1964), de Thomas Berger, *Los viajes de Jaimie McPheeters* (1958), de Robert Louis Taylor, *El hombre malo de Bodie* (1960), de E.L. Doctorow, y muy recientemente *Querido Billy* (1988), de Larry McMurtry— apartándolo de las estructuras repetitivas que lo habían convertido en un género popular. ■

*Salvador Vázquez de Parga es comentarista de cómics y de literatura popular.



M.H. BROCK. EL ÚLTIMO MOHICANO. BRUGUERA, BARCELONA, 1983.